

J. D. KAPLAN

# Whisna, el jardín de las luces

*Una fábula de los tiempos del Buda*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com).

### **Colección Espiritualidad**

WHISNA, EL JARDÍN DE LAS LUCES

*J. D. Kaplan*

1.ª edición: enero de 2015

Maquetación: *Marga Benavides*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2015, J. D. Kaplan

Reservados todos los derechos

© 2015, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3.ª planta, 5.ª puerta

08005 Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-16192-23-6

Depósito Legal: B-21.902-2014

*Printed in Spain*

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.  
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El joven príncipe de Bolpur ha despertado en mitad de la noche y ya no ha vuelto a dormirse. Un extraño lamento, como de animal herido, le ha arrancado de su sueño. Ahora deambula por las solitarias estancias de palacio y se asoma a los amplios ventanales que se abren sobre los jardines, para contemplar la Vía Láctea, que parece contemplarle a él, impertérrita, lejana y fría. Cuando amanezca, dará comienzo el día crucial en el que será designado heredero al trono, y en el plazo de un año será rey. Su madre, la reina, le otorgará ese título en el trascurso de una solemne ceremonia, en presencia de toda la corte, y luego ambos se mostrarán al pueblo desde el alto balcón de palacio. Tres años han trascurrido ya desde que la reina enviudara y, a duras penas, ha logrado retener el poder, lidiar con la corte hostil, apoyada por su clan, que ahora le ha instado a que abdique en favor de su único hijo varón. Al finalizar la ceremonia de mañana, se anunciará asimismo el futuro matrimonio del heredero con una de las hijas del rey de Khandahal, el lejano reino situado más allá de las montañas.

De nuevo, el príncipe ha escuchado el quejido desgarrado y algo lúgubre, el mismo que le ha despertado, y en

el jardín de palacio, a la luz ya mortecina de alguna antorcha, ha creído adivinar una presencia imprevista, una sombra deslizándose furtiva entre macizos florales, junto al estanque de los nenúfares. ¿Qué podrá ser esta vez?, se pregunta. De un tiempo a esta parte, han empezado a verse numerosos animales salvajes, procedentes de la cercana selva, que logran introducirse subrepticamente en palacio: chacales, zorros, algún lobo, una pantera herida, una vez. Nunca antes había sucedido algo semejante. Luego están las serpientes, que se deslizan casi a diario hasta el lecho de los cortesanos que habitan en palacio, buscando allí algún calor, provocando el espanto de las damas cercanas a la reina y la ira de sus amantes y esposos. Nadie sabe cómo consiguen todas esas bestias burlar a los centinelas. Dos capitanes de la guardia ya han sido destituidos y azotados debido a su negligencia, por orden de la reina. No siempre se logra dar caza después a esas fieras intrusas, que merodean por el inmenso jardín, rondan los establos y acechan a criados, centinelas y cortesanos; muchas logran huir sin dejar rastro. Los animales que sí son capturados se comportan como alimañas enloquecidas, que parecen huir de algo y buscan allí algún refugio. Tal vez estén enfermos, puede que se haya declarado una extraña epidemia –temen en la corte–, que logre contagiarse en palacio a los caballos, a los elefantes, a otros animales domésticos. Eso sería desastroso para el ejército de Bolpur. Nadie sabe por qué acuden allí esas bestias, qué les atrae. La reina ha mandado redoblar la vigilancia por todas partes ante ese extraño asedio.

Mientras contempla las distantes estrellas, el príncipe piensa que quisiera escapar, huir de palacio —no sería la primera vez que lo hace— y no regresar jamás esta vez. Como decían sus maestros y tutores, que desde niño le educaron y conocían su ingenio de fabulador, su mente perpetuamente curiosa, en su pecho late el corazón de un poeta y no tanto el de un guerrero. Él no desea ser rey, nunca lo quiso, aunque sea consciente de que, si huyera ahora, se desatarían de inmediato terribles luchas fratricidas entre tíos, primos y otros allegados, tantos candidatos ávidos por ocupar el futuro trono vacante. Sin embargo, intuye que algunos de esos pretendientes estarán dispuestos a derrocarlo de todos modos, a la primera ocasión propicia, a provocar una rebelión si fuera necesario, puesto que para muchos el lenguaje habitual del gobierno en Bolpur es la guerra, ésa es la índole de esta corte inclemente. Su propio padre accedió al trono tras una prolongada y sangrienta revuelta, su reinado resultó, de hecho, una continua pugna que no conoció ni un solo período de verdadera paz. En algunas de sus últimas campañas militares, para apaciguar territorios rebeldes del reino, el rey se llevó con él a su hijo, que apenas contaba veinte años, a los campos de batalla. Allí conoció el príncipe la devastación de la guerra, el olor nauseabundo de la tierra empapada de sangre, los jóvenes cuerpos maltrechos, mutilados, los ojos de tantos muertos que nadie cerraba, un lamento interminable que se apoderó de su alma y ya no le abandonó. Tras morir el rey, aquel guerrero contumaz, en una de las batallas, el reino apenas conoció unos pocos

años de transitoria paz, siempre precaria, durante la regencia de la reina, mientras el equilibrio de fuerzas de los distintos clanes se reorganizaba y las circunstancias no aconsejaban todavía que el joven príncipe accediera al trono. «Bolpur te necesita. Yo te necesito», suele sentenciar ahora su madre, para convencerle, obsesionada por que su estirpe conserve sus privilegios a cualquier precio. En realidad, la forzada abdicación de la reina es una maniobra un tanto desesperada por parte de los leales a la actual facción gobernante. Respaldados por la tradición, esperan retener así el poder durante el tiempo suficiente como para sumar más alianzas y librar al reino de algunos conspiradores pertinaces, que portan la ambición desmedida en la sangre, transmitida de generación en generación. Nunca olvidará el príncipe cuando, siendo aún un niño, estuvo a punto de morir ahogado a manos de Guiro, uno de sus primos, apenas cinco años mayor que él, mientras se bañaban en el estanque de palacio junto a otros familiares. Entre juegos y peleas fingidas, Guiro hundió la cabeza del príncipe en el agua y no soltó a su presa hasta que acudió uno de los guardianes al rescate. Un juego desafortunado, se dijo entonces, cosas de niños traviosos, y el incidente no trascendió, quedó sin castigo, ya que Guiro pertenecía a un clan muy poderoso en Bolpur. El príncipe no lo ha olvidado, siempre lo consideró un prematuro aviso. Lo que la reina ignora es que, en realidad, la rebelión de un clan rival —precisamente el que ahora comanda Guiro— ya está organizada desde hace tiempo y el asesinato del futuro rey, decidido. Sin embar-

go, los rebeldes aguardarán el momento propicio para no soliviantar en exceso a otros clanes de la corte.

El heredero al trono ignora los detalles de esas intrigas palaciegas, que ya le condenan, aunque intuya lo esencial de ese destino aciago. Esta noche, siente una especial añoranza por tiempos no muy lejanos, de cuando solía escapar de palacio, en secreto y disfrazado, unas veces de mendigo, otras de comerciante, aventurero o peregrino. Había llegado a no soportar ya recorrer su reino a caballo y fuertemente escoltado, siendo uno más de tantos hombres de armas —uno destacado—, provocando al paso marcial de aquellas comitivas una estela de temor, acaso también de profundo resentimiento, por tantos años de guerras, por tantas generaciones malogradas. Cuando la reina descubrió la intempestiva costumbre de su hijo, intentó prohibirla, aunque sin éxito. El príncipe no acataba sus ruegos, tampoco sus órdenes, y escapaba con ingenio, de las formas más imprevistas; de nada servía el celo de criados y centinelas. Hubiese sido necesario que le encerrasen en una celda como a un perpetuo prisionero, para retenerle, para evitar que saliese de palacio, solo, a su antojo y sin previo aviso. Ante aquella inquietante práctica, que no había forma de erradicar sin un radical encierro, los consejeros más cercanos de la reina acordaron guardar prudente silencio para no comprometer la seguridad del heredero, para no alterar al resto de la corte. Arjuna, uno de los generales más influyentes en el ejército, hombre de confianza de la reina, descartó que hubiese que encerrar a aquel joven rebelde —lo que significaría un desafortunado

ejemplo—, y convenció a todos de que era preferible seguir al príncipe con discreción, para protegerle, pese a él, cada vez que escapase por un tiempo, e incluso para traerle de vuelta a la fuerza, si ello fuese necesario. «Se marchó de cacería», solía mentir la reina, contrariada, casi furiosa, ante las periódicas y tozudas desapariciones de su hijo. El príncipe se volvió también un experto en burlar aquella estrecha vigilancia, aquel seguimiento —siempre conseguía alguna complicidad imprevista— y, con frecuencia, sus perseguidores le perdían el rastro durante muchos días. Cuando eso sucedía, Arjuna solía enviar en su busca a sus mejores hombres, a los rastreadores más expertos y eficaces del ejército. El general es un guerrero astuto, buen estratega. Alguna vez fue un hombre honrado, un buen soldado que, sin embargo, odiaba la guerra, que se esforzaba por evitarla, pero a base de victorias militares fue ganando más y más favores, enriqueciéndose, y la vida en esa corte mezquina le fue transformando; aprendió a convivir con la traición y la codicia, con la ausencia de escrúpulos y su corazón se enturbió. Arjuna se mantiene siempre bien informado, sabe administrar ciertos secretos. Por ejemplo, está al corriente de muchos detalles de la conspiración de Guiro y los suyos, pero ha decidido no actuar, de momento, mantenerse al margen y en silencio. Desempeña su papel de hombre cercano a la actual reina, de lealtad probada, pero si los acontecimientos se precipitaran y el heredero pereciera pronto, él se enfrentaría luego a los usurpadores, respaldado por una buena parte del ejército que le es fiel. De proclamarse vencedor, Arjuna

reclamaría para sí el trono, como tantos hicieron antes que él, envueltos luego en un halo de héroes salvadores. ¿Por qué no podría él hacerlo –se pregunta, a veces, el general–, si otros de menor mérito lo lograron antes?

Debido a sus escapadas furtivas, el príncipe ha conocido por sí mismo la miseria y el abandono en el que viven la mayoría de sus futuros súbditos, el dominio implacable que sobre ellos ejercen los poderosos y despiadados cortesanos, los crueles señores de la guerra, que medran sin descanso por perpetuarlo, que mancillan a las doncellas y esquilman toda la riqueza del reino, que a la fuerza reclutan generaciones enteras de jóvenes labradores para embrutecerlos y engrosar las filas de los temibles ejércitos. A pesar de todo, el príncipe experimentaba una extraña felicidad al escapar de palacio en secreto, mientras duraba aquella breve libertad clandestina, en la que él podía ser otro distinto del que era, del que estaba destinado a ser; alguien anónimo que observaba de aquel modo, tras la máscara ocasional, cuanto sucedía más allá de las murallas de palacio. Él tan sólo había conocido aquella jaula dorada en la que se había criado, y luego el terrible campo de batalla que parecía sustentarla. Desde siempre, su espíritu se había refugiado en los viejos textos atesorados en la biblioteca de palacio por otras lejanas estirpes de reyes sabios, en las sagas de los tiempos antiguos y míticos en los que el mundo parecía recién hecho y conoció a hombres justos, a buscadores de la verdad sinceros, a pueblos libres

que con sabiduría se gobernaban a sí mismos en la edad dorada, antes de que fuesen necesarios los héroes.

Durante una de sus salidas, el príncipe descubrió a una compañía ambulante de actores, músicos, acróbatas, saltimbanquis y titiriteros, que andaban de paso por el reino, y junto a ellos experimentó, por primera vez, la magia del teatro y halló su verdadera vocación. Aquello cambió su vida. Se acostumbró a acudir a diario a la plaza principal de Bolpur para presenciar las funciones que la compañía representaba allí —la mayoría viejas fábulas ancestrales—, para dejarse seducir por las acrobacias y malabarismos, por la audacia de los funámbulos, por la música, las máscaras, el colorido de las vestimentas y por la alegría contagiosa que emanaba de aquel grupo que recorría en libertad los caminos con sus carromatos. También acababa de descubrir el amor. Daya, la hija de uno de los miembros destacados de aquella fascinante caravana de artistas, cada noche ejecutaba una danza sagrada, y con elocuencia hablaba al príncipe, a distancia y sin palabras, transformando el espacio con cada movimiento de su hermoso cuerpo, con cada mirada, aboliéndolo a su antojo y recreándolo después, haciendo visible la intangible música que parecía obedecer sus gestos, sus pasos tintineantes debido a las ajorcas que le adornaban los tobillos. Su talento no parecía tener límite, y sobre el escenario se transformaba la bailarina en ave delicada, en inquietante serpiente, en veloz corcel, en princesa y hechicera, y hasta en diosa que descendiese de la lejana cordillera, morada tradicional de tantas deidades. Cuando el príncipe veía apa-

recer a Daya en el escenario, su corazón se llenaba de cascabeles. Aquellas noches, nada podría separarle de la plaza mientras la compañía permaneciese en Bolpur. Una vez, simulando ser un comerciante de paso por la ciudad, incluso se atrevió a entregarles a aquellos cómicos el esbozo de una fábula que había imaginado hacía tiempo, y éstos, maravillados por su ingenio, se avinieron a representar aquella obra a condición de que también él subiera al escenario con ellos y representara un papel. Fueron días felices, de constante descubrimiento. Una de aquellas noches, tras la representación, Daya y él se convirtieron en amantes.

Cuando la *troupe* decidió que su estancia en Bolpur había concluido, que debían proseguir su camino, ante la inevitable despedida, el príncipe pensó que estaba a punto de perder algo crucial para él. Entonces, Daya le retó amorosamente: «Ven con nosotros a recorrer los caminos, deja por un tiempo tu comercio, sea el que sea, y únete a nuestra humilde caravana si no te asusta llevar nuestra dura vida errante. Te aseguro que no hay mejor forma de conocer el mundo y sus habitantes que desde las tablas de un escenario, encarnando los sueños, los anhelos y los temores de tantos hombres y mujeres. Tal vez, incluso tengas madera de actor, aunque me parece que lo tuyo sea urdir historias. Eso lo haces bien, ya nos lo has demostrado. Quizás puedas inventar nuevas fábulas, que la compañía pueda representar por las plazas y las aldeas perdidas. Creo que escondes un secreto que te atormenta, hay una sombra que te acecha. En realidad, huyes de ella, la

he visto en esa obra que hemos representado. Nada mejor que nuestra caravana ambulante para huir del mundo y a la vez recorrerlo».

El príncipe aceptó subirse al carro de la farándula, ya que el amor le invitaba a aquel viaje, y fue feliz mientras duró la huida como nunca antes lo había sido. En la corte, perdido el rastro del heredero por un tiempo, se dijo que el futuro rey se había encaminado hacia la lejana jungla, más allá de las montañas, a cazar tigres, y la reina temió no volver a verle jamás. El general Arjuna envió soldados diestros por todo el reino, y aún más allá, con misión de encontrar al joven huido y traerlo de vuelta a palacio cuanto antes.

En mitad de la noche, insomne, abrumado por la Vía Láctea, que hoy parece pesarle sobre los hombros, por el aullido lúgubre de algún animal enloquecido que merodea por los jardines y acecha los establos, el príncipe recuerda aquel largo período de felicidad en el que fue libre por los caminos y junto a Daya. Entonces, se habituó a escribir historias constantemente, a ver cómo sus amigos representaban la función casi cotidiana en las plazas de las ciudades que encontraban a su paso, en pequeñas aldeas perdidas e incluso ante grupos de pastores nómadas. A nadie se le negaba aquel teatro, que cuanto reclamaba para sí no eran sino algunas dádivas que el público entregaba voluntariamente, como un tributo sincero, a cambio de aquellos sueños efímeros que la *troupe* ofrecía, y que tantas desdichas hacían olvidar por unos instantes. En muchas funciones, el propio príncipe se atrevía a subirse

al escenario para representar algún papel. Así simuló vivir tantas vidas diferentes con aquel diario fingimiento, y buscó perderse entre los muchos personajes que él mismo había inventado. Al calor de las hogueras nocturnas de los campamentos, la amistad con aquel grupo se fue afianzando; todos le consideraban y trataban como uno de los suyos, admiraban su ingenio, ignorando que era el príncipe heredero de un reino lejano.

En una ocasión, se cruzaron con otra pequeña comitiva, ambulante como la suya, también menesterosa, que a su vez aceptaba la limosna espontánea de los aldeanos. Todos vestían las raídas túnicas color azafrán de los renunciantes y parecían perpetuos peregrinos. En la plaza de una pequeña aldea, uno de aquellos recién llegados habló serenamente ante quienes se congregaron allí para escucharle, con un interés que pronto se tornó general devoción. El príncipe no olvidaría nunca las palabras ni la sonrisa de aquel hombre. Pronto supo que ya en toda la región se iba conociendo a aquel sabio como «el Buda». Hablaba de buscar la verdadera paz del corazón, de erradicar toda forma de violencia, no sólo de las vidas de los hombres sino, sobre todo, de sus pensamientos, pues éstos eran –aseguraba– los verdaderos forjadores de todos los destinos. Para aquel hombre, nadie estaba condenado de antemano, su historia no estaba escrita y sellada como por un autor tiránico, pues todo devenir permanecía abierto, podía cambiar de rumbo en un instante, crucial como un despertar, y cada cual poseía en sí mismo el poder de superar un dolor intrínseco a su propia existencia,

de transformarse. Las palabras de aquel sabio impresionaron al príncipe, que había sido educado preso en palacio, sin verdaderos maestros. Nunca supo qué íntima intuición le había murmurado, desde niño, que la mayoría de sus mayores, sus únicos modelos hasta entonces, estaban equivocados y no convenía hacerles caso. Su padre fue un tirano que usurpó el trono derramando sangre, su madre era una mujer implacable que había vivido siempre obsesionada con no perder sus privilegios. Él había crecido como un niño solitario y encerrado en una jaula dorada, aunque siempre oteando, curioso, lo que pudiera haber más allá de aquellos barrotes, decidido a escapar un día de ella. La mayoría de sus tutores eran tan sólo lacayos de la corte, obligados a mostrarle el mundo de un modo muy sesgado. De pocos aprendió algo que mereciera la pena. Los sacerdotes de los distintos templos tan sólo le transmitieron su determinación a preservar y perpetuar las tradiciones, a cualquier precio, sin cuestionarse si había verdad en ellas o mera conveniencia. Siempre le parecieron todos doblegados ante el poder violento e implacable de los guerreros, que dominaban el reino y sustentaban los templos sin creer lo que en ellos se predicaba, ya que suponían que eso mantenía sumiso al pueblo. Al conocer, por sí mismo, la devastación inaceptable de los campos de batalla, que solamente la codicia había propiciado, no halló en sus maestros respuesta alguna a sus desgarradoras preguntas, tan sólo vanos discursos de sometimiento, de aceptación de lo atroz como un hecho irremediable, semejante a un incendio o un terremoto, más cercano a

la voluntad de los lejanos dioses que a la de los humanos. Cuando empezó a escapar de palacio, muy a menudo halló más sinceridad y sentido común y hasta consuelo en seres sencillos, que tan sólo se afanaban por subsistir —simples artesanos, pastores, campesinos, conductores de carretas, hilanderas—, que en sus antiguos tutores, pese a su erudición, pues éstos no la ponían al servicio de la verdad o la belleza, que para él significaban lo mismo, sino a los pies del poder más abyecto para perpetuar sus privilegios. Casi lograron, entre todos, convertirle en un ser solitario, taciturno y descreído. Solamente en las viejas fábulas, en las antiguas sagas y epopeyas del pasado, en los textos legados por los sabios de otras eras, halló el príncipe verdadero conocimiento. Sin embargo, aquel que llamaban «Buda» poseía algo indefinible en su mirada que sus propias palabras no alcanzaban a expresar. Quizás, pensó el príncipe, sí fuese un verdadero maestro. Puesto que en aquella perdida aldea los artistas ambulantes habían escuchado atentos su sermón, el Buda quiso presenciar después el teatro que representaba la compañía. Ante aquel hombre excepcional, tuvo el honor el príncipe de actuar con sus amigos, y aquéllas fueron las mutuas dádivas que ambas comitivas intercambiaron al cruzar sus caminos: sabias palabras a cambio de aquel teatro. Al acabar la función, el príncipe conversó brevemente con el sabio monje, de resplandeciente presencia, de inequívoca paz, antes de que ambos partieran en direcciones opuestas.

—Maestro —le dijo—, me he convertido en un cómico, que representa felices fragmentos de vidas ajenas, como efímeros sueños, y que al acabar la función se retira la máscara para volver a ser quien es.

—¿Y quién eres? —replicó el sabio.

—Podría decir que no soy más que un actor ambulante..., o tal vez sea un príncipe heredero de un lejano reino.

—También éstas son máscaras.

—En realidad, soy un fabulador, un urdidor de historias.

—¿Y quién no lo es? Todos fraguamos nuestra historia. Sin embargo, eso tampoco contesta a la pregunta. ¿Quién eres, realmente?

—No lo sé, maestro.

—Hombres de teatro, de veras os digo que vuestra intuición no es errada —replicó el Buda—. La vida es representación, sueño efímero que sólo nosotros forjamos. Únicamente quien, como actor, sea de veras consciente de las muchas máscaras será capaz de desecharlas todas un día. Tu verdadera faz, cómico, no es un rostro. Tu verdadera voz carece de sonido, y no precisa ojos tu auténtica mirada. La mente que sabe reposar en esa aparente nada, en ese vacío insondable, acaba por hallar su auténtica esencia que no puede nombrarse.

—Entonces, poco importa que sea un actor o un príncipe huido de su corte.

—Quien de veras eres está más allá de ambos.

—Pero debo actuar como uno o como otro, escoger mi máscara, mientras no despierto. ¿Cómo obrar, sabio maestro? Me enseñaron los textos antiguos, que recogen

la sabiduría de los Rishis, que la no acción en este mundo es mejor que la acción, pero que más elevada aún es la acción con desapego absoluto a los frutos derivados de cualquier acto. ¿Qué aconsejas?

—Todo son los mismos juegos de la mente. Hasta esforzarse por no desear es un deseo. Para quien eres de verdad tan sólo hay un acto importante: despertar. Entonces todas tus acciones pasadas te parecerán realizadas en sueños. Mientras llegue ese momento, vive la vida que crees poseer con entrega sincera y absoluta a las vicisitudes que se presenten, pero sabiendo que son soñadas. Nada hay que anhelar de ellas, nada hay que temer. No tengas miedo. Retírate, de vez en cuando, del vivir cotidiano, entra en ti, ése es mi consejo. Permanece en silencio, tan sólo atento al ir y venir del aliento que te mantiene con vida, que deberá ser entonces como un oleaje manso. Parecerás, a ojos de los extraños, alguien que duerme, alguien que sueña dentro del sueño. Acalla entonces tu pensamiento, pospón todo objetivo y deseo, todo rencor, todo anhelo, y como en un diáfano lago en calma sumerge tu mente cansada. Eso te acabará revelando un estado puro, el de antes de nacer y morir tantas veces. Luego regresa al mundo, y reemprende las acciones que creas necesarias, pero con ese aroma apenas evocado de tu ser primigenio, pendiente siempre de lo que te pueda murmurar el corazón —entonces, el sabio colocó suavemente su mano diestra sobre el hombro del príncipe. Ahora, cierra los ojos por un instante y respóndeme de nuevo. ¿Quién eres?

El príncipe sintió entonces que el mundo se desvanecía ante él, que de su visión se apartaba un estorbo inmenso en el que, sin embargo, no había reparado hasta entonces. Se sintió ligero, aliviado de algo que ignoraba sobrellevar.

—Soy aquel a quien el Buda está tocando el hombro, en este instante eterno. Nada más —contestó el príncipe, sin ninguna deliberación posible en su respuesta.

Al partir el Buda, algunos hombres de la aldea le siguieron, se sumaron a su comitiva de peregrinos renunciantes. Otros desecharon sus palabras, aunque le profesaron respeto perpetuo, y otros le denostaron un tiempo, le llamaron hereje y luego no volvieron a acordarse de él. El príncipe continuó su camino con la caravana de artistas, pero nunca habría de olvidar aquel encuentro.

Cuando la fecha de la designación del príncipe como futuro heredero ya se aproximaba, algunos de los emisarios armados que el general Arjuna había enviado en su busca hallaron, por fin, su rastro en los confines de Bolpur. Aquellos hombres armados se presentaron ante él con aparente pleitesía, con fingidas maneras de sumisos guardianes, pero con la determinación implacable de llevárselo de nuevo a la corte, sin más demora. Entonces, el príncipe reveló, al fin, su verdadera identidad a sus compañeros, a su amada Daya.

—Debo partir, ya lo veis. Esta parte de la historia ha acabado. Me reclaman para hacerme rey, un nuevo papel

que debo representar, al parecer —les dijo a sus nuevos amigos, a la hora de la despedida.

—¡En realidad, te capturan, te secuestran...! —se lamentó Daya.

—No os dejéis engañar por las apariencias, por este burdo teatro de los toscos soldados que cumplen órdenes. Sois actores y sabéis que la función debe continuar. Recordad las palabras de aquel sabio que admiro y escuchamos predicar en una aldea. Todo destino no está, en última instancia, sino en nuestras propias manos. Sin embargo, tengo una petición que haceros. Desearía que volvierais pronto a Bolpur —insistió el príncipe— para actuar en palacio, mientras duren los festejos en honor de mi proclamación. En realidad, os lo ruego. Sois los únicos amigos verdaderos que poseo. ¿Actuaréis para mí una vez más? Pospongamos, pues, esta despedida. Prometo tener listas nuevas obras que podáis representar en Bolpur. Tomad este sello, que representa al águila Garuda, emblema de Bolpur, y que será vuestro salvoconducto por todo el reino. Os aguardaré, impaciente, bien lo sabéis, con la esperanza de volver a veros.

Durante un tiempo que le pareció interminable, el príncipe creyó haber perdido lo único que de veras había llegado a importarle. Tal vez, había pensado en horas de soledad, Daya no le perdonase haberle mentado, haberle ocultado su verdadera identidad, y que también sus nuevos amigos, los cómicos, le rechazaran para siempre. Llegó a sentirse perdido, acaso sin fuerzas para afrontar lo que le deparase el destino. Sin embargo, cuando casi ha-

bía perdido toda esperanza, un día le anunciaron que una caravana ambulante, que portaba un sello con el emblema del reino como salvoconducto, solicitaba ser recibida por el heredero del trono.

Así pues, la pequeña *troupe* de artistas ha cumplido su promesa y hace diez días que está en palacio, invitada por el príncipe, actuando en la corte. «Ven con nosotros —implora Daya, al acabar las funciones, cuando los dos amantes se encuentran a solas en la alcoba del príncipe—. Ven conmigo. Escapa como tantas veces dices que hiciste antes. Volvamos a recorrer juntos los caminos. Esta vez no iremos lejos de Bolpur, adonde no nos puedan encontrar esos sabuesos y seremos libres. Si permaneces en esta corte, en esta selva inclemente que tantas veces has descrito en algunas de tus fábulas, temo por tu vida. Sin embargo, si cedes a este destino, si decides quedarte y aceptar ese papel, me iré de tu reino para siempre con los míos. Ya lo he decidido. No quiero verte perecer, no lo soportaría. Además, hay una futura reina aguardándote en Khandahal. Nunca seré la concubina de un rey cuyos días están contados, como ahora soy la amante de un poeta».

La soledad del palacio anochecido abruma hoy al príncipe. Daya hace horas que partió de su lecho, las sombras parecen engendrar más sombras, multiplicarse por los largos pasillos, en los que se intuye algún paso silencioso de los centinelas que custodian al heredero. En los jardines, una silueta ha surgido de las sombras y se ha acerca-

do al estanque de los nenúfares para beber. Es un tigre joven. ¿Cómo habrá podido entrar en palacio? Entre sorbo y sorbo, el felino se detiene para olfatear el aire. Sabe que alguien le observa desde el ventanal de palacio. Una estrella fugaz, esa luz efímera, ha surcado el espacio, rasgando el horizonte.

## Nacimiento

---

La imponente cordillera perdía el blanco manto, que se deshilachaba sin prisa en torrentes de agua cristalina, y el viento del norte había huido de las montañas hacia un exilio lejano e incierto. Una brisa nueva y tibia había llegado desde otros valles, había acariciado el lomo de las verdes laderas que conducen hasta la selva, como para reconocerlas, provocando un murmullo perturbador en los matorrales, y se había acomodado a la sombra de los primeros árboles centenarios. En aquel territorio fronterizo, entre las altas montañas y la húmeda jungla, el aire se llenaba con el rumor que había ido creciendo en el corazón mismo de las colmenas y, de los cubiles, nidos y madrigueras comenzó a surgir, de nuevo, el viejo quejido, el canto ancestral de la vida que comenzaba.

Al borde mismo de un precipicio, Khrana, la gran águila, había construido su nido. En aquel lugar inaccesible, a mitad de camino entre el cielo y la tierra, aprisionados aún por el frágil cascarón, aguardaban los cuatro retoños del águila. Khrana casi no abandonaba ya el nido,

el instinto le murmuraba que el nacimiento estaba muy próximo, y tan sólo el hambre inclemente, que le dolía en las entrañas, y el rito de su cita cotidiana con el sol poniente, la impulsaban a emprender el vuelo. Sin embargo, durante una de las escasas ausencias del águila, al alba de un nuevo día, uno de los polluelos rompió el cascarón que le aprisionaba y se lanzó al desconocido mundo, que le acogió, liberador e inmenso.

Para Whisna, que así se llamaría el recién llegado a la jungla, nacer fue semejante a un despertar: abrir por primera vez los ojos, sentir el espacio inconmensurable, la caricia de la tibia brisa, la de los primeros rayos de sol, que parecían escrutarle como para reconocerlo digno de aquel lugar. Experimentó un primer estremecimiento, el temblor de sentirse vivo en el vasto mundo. Despertar, nacer, supuso también moverse para combatir el súbito vértigo que parecía ser el sello que distinguía a aquella inmensidad que, de pronto, le rodeaba como un imposible que aún no precisaba de su comprensión, pero sí de su equilibrio. El menor gesto resultaba dificultoso aunque apasionante. Vivir fuera del perdido cascarón era, ante todo, tropezarse con las cosas del mundo, hasta entonces ignoradas, y llenarse con ansia el pecho con algo misterioso e invisible, de lo que parecía estar hecho el espacio. A un movimiento mal calculado –todos lo eran, al principio– le seguía un desconocido dolor, el esbozo de una caída, un sentimiento de desamparo. Whisna entreabrió el curvo pico, que un día sería amenazador y temido, y de su garganta surgió un primer lamento, que la tibia brisa

se aprestó a acoger como un nuevo eco del canto ancestral. Sobre el nido apareció la imponente silueta de Khkana, con sus alas extendidas, como un signo inesperado. En aquel entramado de ramas secas que sostenía y protegía al recién nacido, pudo oírse murmurar al instinto, el que nada ignoraba del mundo, el que juntaba los cuerpos y acompasaba el latir de los corazones.

Los días y las noches se fueron sucediendo. Despertar a la vida había sido también hacerlo al transcurrir del tiempo. Whisna había llegado pronto a considerar que el universo del que ya formaba parte lo constituían únicamente aquel nido y la protectora Khkana, pero no tardó en conocer también la ausencia. Le resultaba aún misterioso el modo en que el águila desaparecía, para retornar después con extrañas formas colgándole del pico, que representaban para el polluelo el más sabroso de los manjares. Sin embargo, el tiempo de soledad transcurría de otro modo, su textura era diferente, estaba hecha de hambre y de frío, del eco de su propia voz que repetía el viejo quejido. Entonces, el universo que creía conocer se le volvía misterioso, a veces agrio, poseía probables lugares recónditos, inaccesibles para él, que excitaban su imaginación, despertaban el temor, pero también la curiosidad. Cuando Khkana regresaba de quién sabe qué parajes insospechados, un nuevo sentimiento embargaba a Whisna, y el lamento reiterado se tornaba júbilo, el miedo desaparecía, y también el frío, y el hambre que se saciaba le traía una paz insondable que le dejaba adormecido.